

RESERVA BIBLICA

LA CARTA DE SANTIAGO



Asociación
Bíblica Española

OTOÑO 2012
Nº 75

VERBO DIVINO



OTOÑO 2012 • Nº 75

LA CARTA DE SANTIAGO

Coordinador: José Cervantes Gabarrón

EDITORIAL	Pág. 2	5. La oración en la enfermedad: la unción de enfermos en la Carta de Santiago (5,14-15)	Pág. 43
SECCIÓN MONOGRÁFICA		Francisco CENTENO CRISTÓBAL	
1. Santiago, la carta de la autenticidad en la vida cristiana	Pág. 5	SECCIÓN ABIERTA	
José CERVANTES GABARRÓN		1. La fe sin obras está muerta	Pág. 53
2. Las obras y la justificación: ¿Santiago contra Pablo?.....	Pág. 15	Lorenzo DE SANTOS	
Juan Miguel DÍAZ RODELAS		SECCIÓN DIDÁCTICA	
3. La tradición sapiencial en la Carta de Santiago.....	Pág. 23	1. Santas y santos en el cine (2)	Pág. 60
Jordi LATORRE CASTILLO		Juan Carlos GARCÍA DOMENE	
4. La palabra contra los ricos en la Carta de Santiago.....	Pág. 33	SECCIÓN INFORMATIVA	
Xavier ALEGRE SANTAMARÍA		1. Boletín bibliográfico	Pág. 70
		2. Noticias.....	Pág. 70

EDITORIAL

Este número de *Reseña Bíblica* está dedicado a la Carta de Santiago, no muy conocida, pero de gran importancia y orientadora de la vida cristiana, pues su estilo literario, su trasfondo sapiencial y su carácter profético la acreditan como una carta cuyas aportaciones a la teología del Nuevo Testamento y a la espiritualidad cristiana merecen especialmente nuestra atención. Por eso la he llamado «la carta de la autenticidad en la vida cristiana», y así la he presentado en el primer artículo de este número. El énfasis puesto por el autor en la llamada a la coherencia entre la vida y la fe, la fe y las obras, así como la ruptura con todo tipo de hipocresías, mentiras y engaños, con la intención de exponer en qué consiste la religión auténtica, la sinceridad y la verdad, son elementos que hay que destacar en la primera consideración de nuestra reflexión sobre este escrito.

Santiago no admite ninguna tipo de doblez ni de doble vida, y resalta la armonía y la integridad de vida. Así exhorta a ser constantes y firmes frente a cualquier prueba y circunstancia, con un espíritu de oración, de control de la lengua y de ejercicio del amor, que necesariamente se tiene que ver reflejado en obras, en compromisos concretos y en una vida sacrificada a favor de los demás, particularmente de los más pobres.

La relación entre la fe y las obras en orden a obtener la salvación es una problemática clave en esta carta. ¿Es la fe la que justifica o es la obra del amor y el ejercicio de la caridad? Esta cuestión es abordada de forma clara y sencilla por Juan Miguel Díaz Rodelas. Más allá de cualquier interpretación que pudiera acentuar la alternativa entre fe y obras, su artículo logra armonizar ambos temas y mostrar la complementariedad armónica que existe en los diferentes tratamientos de Pablo y Santiago sobre este eje de la fe cristiana, marcado por la relación entre la fe y las obras.

La articulación del pensamiento jacobeo como maestro de sabiduría y de profecía tiene su fuente cultural, literaria y religiosa en el hontanar del Antiguo Testamento. Jordi Latorre desvela el origen de la sabiduría de Santiago sacando a la luz los textos bíblicos, las alusiones y los motivos más importantes de las tradiciones sapiencial y profética, y toca los temas de la sabiduría de Dios, la Palabra de Dios y la palabra humana, la importancia de los pobres y la humildad.

Santiago muestra una preocupación especialmente grande en lo relativo a la justicia y en la clarificación del puesto que deben ocupar los pobres en la religión cristiana. El artículo de Xavier Alegre, exégeta comprometido con el mundo de los pobres de la tierra, particularmente por su presencia docente en la Universidad Centroamericana de El Salvador, saca a la luz la gran fuerza que en la Carta de Santiago tiene la palabra contra los ricos y a favor de los pobres. Resuenan con firmeza y contundencia proféticas las palabras contra los ricos, para quienes la amenaza de Dios se convierte en una interpelación profunda. La atención a los pobres merece la especial preocupación de la comunidad cristiana, pues Dios «los ha escogido como ricos en la fe y herederos del Reino» (2,1-12). Santiago es una carta formidable que se encuentra en la base de la ya consagrada doctrinalmente «opción preferencial por los pobres», que está presente en las diversas conferencias latinoamericanas del CELAM, y especialmente en la última de Aparecida (2007), en la cual se ha recalificado como una «opción preferencial y evangélica por los pobres».

El último artículo de la sección monográfica está dedicado a un don singular de la vida sacramental de la Iglesia, el sacramento de la unción de los enfermos, que tiene su principal texto base en la Carta de Santiago. Francisco Centeno aborda este tema con profundidad teológica, con gran caridad pastoral y con rigor exegético. Así muestra el valor capital de la oración como experiencia de salvación que trae el consuelo, la paz y el perdón especialmente a los enfermos y a los sufrientes del mundo.

Esperamos que esta presentación de la magnífica Carta de Santiago pueda ayudar a recuperar la fuerza profética y sapiencial de este escrito que, en su correlación directa con las enseñanzas contenidas en los evangelios, nos permite conocer más y mejor la doctrina de la fe en Jesucristo.

José Cervantes Gabarrón



SANTIAGO, LA CARTA DE LA AUTENTICIDAD EN LA VIDA CRISTIANA



José Cervantes Gabarrón

Este artículo hace una presentación breve de las cuestiones introductorias relativas a la Carta de Santiago y se centra en un tema fundamental de la misma que atraviesa como hilo conductor todo el escrito. Se trata de la autenticidad en la fe y la crítica de la doble vida. Es una cuestión abordada desde el principio y en cuyo análisis se detiene cada uno de los parágrafos de la carta, entrando en cuestiones muy concretas, como las pruebas de la vida, la religiosidad falsa y vacía, la coherencia frente a las apariencias, la acepción de personas, la fe sin obras, los daños realizados mediante la palabra, la crítica de la ambición y la oración.

1. Introducción a la Carta de Santiago

En primer lugar debemos abordar las cuestiones básicas de toda carta neotestamentaria, intentando identificar a su autor, sus destinatarios primeros y la época en la que fue escrita. Al comienzo de la carta leemos: «Santiago, siervo de Dios y de Jesucristo, el Señor, saluda a todos los miembros del pueblo de Dios dispersos por el mundo» (Sant 1,1). Diferentes personajes aparecen en otros textos del Nuevo Testamento con el nombre de «Santiago»: uno es el hijo de Zebedeo y hermano de Juan (Mc 1,17; 3,17; Hch 1,22), otro es el hijo de Alfeo (Mc 3,18; Hch 1,13) y el otro es el «hermano del Señor» (Gál 1,19; 2,9; cf. Mc 6,3; Hch 12,17). Solo parece posible atribuir la autoría de la carta con cierta probabilidad a este último. El «hermano del Señor» (Gál 1,19), identificado generalmente como Santiago el «Menor», sería el primero de la lista de los hermanos, cuya incredulidad respecto a Jesús (cf. Jn 7,5) debió de quedar superada mediante la aparición del Resucitado (1 Cor 15,7); así pasó a ocupar un puesto eminente en la comunidad de Jerusalén (Hch 12,17), y especialmente en la asamblea de Jerusalén (cf. Hch 15,13). Este podría ser el autor de la carta.

Sin embargo, varias objeciones pueden hacerse a esta hipótesis. La primera es la calidad del griego de la carta, difícil de encontrar en un autor de puro origen semítico. La segunda objeción deriva del parentesco del autor con Jesús: ¿por qué no se presenta como «hermano» del Señor al empezar la carta? La tercera es la escasez de referencias a Jesús (Sant 1,1; 2,1) y, especialmente, la ausencia de temas como la pasión o la resurrección de Cristo. Finalmente, el espíritu de libertad que se respira en el pensamiento del autor (Sant

2,12) no corresponde al legalismo judío que refleja Santiago en Hch 15,19-21; 21,25 (cf. Gál 2,12). Estas razones cuestionan la autenticidad de la Carta de Santiago (Orígenes), por lo que ya desde la antigüedad muchos la consideran atribuida a Santiago. Su autor habría utilizado el nombre de Santiago para dar autoridad a su escrito aprovechando el prestigio que este tenía en el ámbito de la Iglesia palestinese procedente del judaísmo.

El autor de la carta habría utilizado el nombre de Santiago para dar autoridad a su escrito aprovechando el prestigio que este tenía en el ámbito de la Iglesia palestinese procedente del judaísmo.

Los destinatarios de la carta son las «doce tribus de la diáspora» (Sant 1,1), expresión que alude a las doce tribus de Israel, es decir, a todo el pueblo de Israel del Antiguo Testamento que está disperso por diversas regiones y áreas culturales. Las referencias judías de los destinatarios y del autor sugieren que se trata de una carta encíclica dirigida desde Jerusalén a varias comunidades judeocristianas.

Respecto a la fecha de composición de esta carta, una primera hipótesis apunta hacia el año 50 o incluso antes; para ello se parte de los siguientes datos: la cristología está muy poco desarrollada, pues solo hay dos menciones de Jesucristo (Sant 1,1; 2,1); en las comunidades se percibe cierta tensión que gira en torno al tema de la fe en Jesús como auténtica religión (Sant 1,26-2,1); no hay ninguna alusión a la misión entre los paganos y, finalmente, el posible antipaulinismo de la carta. Otra hipótesis sitúa la carta en la época subapostólica (del año 66 a finales del siglo I) o postapostólica (finales del siglo I o principios del II); las relaciones con el evangelio de Mateo apoyan dicha hipótesis. Los múltiples paralelos de Santiago con Mateo y Lucas, especialmente con el sermón de las bienaventuranzas de Mt 5-7 y Lc 6, sugieren, en cambio, que la dependencia no es tanto de Mt o Lc cuanto de una fuente común del sermón anterior a las recensiones evangélicas, fuente que

habría sido adaptada en el ámbito judeocristiano de lengua griega para que no se perdieran los auténticos valores cristianos heredados del judaísmo.

Esta segunda hipótesis parece la más probable, pues su carácter moralizante y la ausencia total de elementos pertenecientes al primer anuncio cristiano, propios de la primera fase evangelizadora de la comunidad, sugieren una fecha posterior a la generación apostólica. Además, la insistencia en la religión pura y sin tacha en relación con la fe en Jesús (Sant 1,26-2,1) es indicio de una fase avanzada de la comunidad cristiana, probablemente coetánea con la problemática presente en el evangelio de Mateo sobre el verdadero Israel, la cual refleja el proceso de legitimación de la Iglesia como heredera de las promesas de Israel.

2. Organización de la carta

La Carta de Santiago es un conjunto armónico de interpelaciones muy concretas y puntuales que constituyen una llamada a llevar una conducta coherente con la fe cristiana frente a cualquier tipo de doble vida. Este nervio temático organiza todo el documento y caracteriza la diversidad de temas que aborda. Utiliza para ello el legado de las tradiciones proféticas y sapienciales del Antiguo Testamento y presenta la palabra de la salvación desde la tradición de las palabras de Jesús, respondiendo con maestría a la tentación permanente de separar los temas cotidianos de la vida del ámbito de la fe y de la religión. La carta se puede dividir de la siguiente manera:

Saludo (1,1).

1. La autenticidad y coherencia de la fe (1,2-27).
2. La coherencia en la fe frente a las apariencias (2,1-26).
3. La doble vida en cuestiones concretas (3,1-4,19).
4. Advertencias y exhortaciones ante el juicio (4,11-5,20).

3. Contenido teológico

La Carta de Santiago no es un tratado de teología, sino el mensaje didáctico y ético de un maestro de la comunidad cristiana que, en coherencia con su fe en Cristo, con la sabiduría y el acierto del hombre religioso y con la fuerza crítica e interpeladora del profeta, responde a algunos problemas candentes, sacando las consecuencias fundamentales del mensaje de Jesús en orden a una vida auténticamente cristiana. Si bien los puntos de referencia básicos de una persona religiosa de origen judío eran ciertamente la palabra, la ley y la fe, el mensaje de Santiago es una voz de alerta: la religiosidad puede convertirse en una farsa, la palabra en un veneno mortal, la ley en una trampa, y la fe en un cadáver.

Santiago hace una llamada a vivir el espíritu cristiano dentro y fuera de la comunidad bajo el signo de la au-



tenticidad, con coherencia de criterios y con un estilo de vida que refleje la sabiduría que viene de lo alto. Es evidente la ausencia de una reflexión sobre Cristo en la epístola de Santiago, pero también es cierto que, a excepción de los evangelios, no hay ningún otro escrito del Nuevo Testamento tan denso en reminiscencias de palabras del Señor. En efecto, Santiago es un exponente más de algunas palabras de Jesús, unas recogidas en la «fuente Q» y transmitidas en los evangelios de Mateo y Lucas (especialmente en el sermón de las bienaventuranzas), y otras transmitidas por los evangelistas, procedentes de fuentes distintas.

4. La autenticidad en la fe frente a la doble vida

El primer capítulo es, en cierto modo, una síntesis o una guía breve de toda la carta, pues ofrece un breve panorama de los problemas concretos que preocupan a Santiago, a los cuales dedica los capítulos posteriores. La autenticidad de la fe exige una coherencia de vida que se tiene que hacer patente en todos los ámbitos y situaciones de la vida, y que se muestra en la apertura humilde de la persona a Dios y en la atención concreta a las necesidades del prójimo, pero sobre todo en la preocupación por los pobres y necesitados; de lo contrario, la religiosidad es una farsa que Dios detesta.

En mi opinión, la autenticidad de la fe frente a la doble vida es la cuestión de fondo que, a modo de eje vertebral de la carta, estructura todas sus enseñanzas. El término interpretado como «autenticidad» es la palabra griega *dokimion*, que aparece solo dos veces en el Nuevo Testamento y está vinculada a la fe en expresiones afines tanto en Sant 1,3 como en 1 Pe 1,7. En ambos textos implica lo genuino de la fe, y expresa la pureza y autenticidad de la misma después de pasar por la prueba, donde la fe se comprueba y verifica. Por otro lado, el término contrapuesto en la carta como crí-

tica fundamental a la falta de autenticidad es *dipsyjos*, que designa la indecisión, la ambigüedad y la indefinición de quien se mueve en la «doble vida». Este término aparece dos veces en el Nuevo Testamento, precisamente en esta Carta de Santiago (1,8; 4,8). Creo que es el elemento antitético que se contrapone a la autenticidad y enmarca toda la reflexión y la profunda interpe-lación que el autor va haciendo de forma crítica en todo el desarrollo principal de la misma, en el cual utiliza continuamente imágenes y comparaciones que van poniendo de relieve la dualidad de comportamientos y de ideas, y desenmascaran todo tipo de falsedad, mentira, engaño e hipocresía, revelando al mismo tiempo las características de una fe auténtica, coherente y exigente. En los apartados siguientes presentaremos los tres primeros puntos de nuestra estructuración por estar particularmente dedicados a la crítica de la doble vida y a la búsqueda de la autenticidad (Sant 1,1-4,10).

Esta exigencia radical de la fe se ha de verificar en medio de la prueba (1,2-4), en el momento de tomar decisiones con acierto (1,5-8) y en los criterios de valoración (1,9-11), sabiendo que la felicidad humana no depende de la riqueza (1,12), sino de la coherencia y la fidelidad. Si somos sinceros, hemos de reconocer que el origen del pecado y de la muerte es la ambición (1,13-16), mientras que Dios es quien nos da su gracia y su Palabra para nuestra regeneración (1,17-19a), lo cual requiere por nuestra parte una actitud de escucha dócil de esa Palabra (1,19b-20) para ponerla en práctica (1,21-25). La religión auténtica no consiste en hablar mucho, sino en la atención a los pobres y necesitados (1,26-27). Esta es la conclusión final del capítulo en el que Santiago va haciendo una serie de contraposiciones que organizan el texto y ponen de relieve la llamada a la autenticidad de la fe. La primera parte (1,2-12) invita a la alegría al pasar por la prueba y termina proclamando dichoso a quien salga airoso de ella. La segunda parte (1,13-25) pone al descubierto algunas

reacciones humanas típicas y concluye ensalzando al hombre que pone en práctica la palabra (1,25).

5. La alegría en medio de la prueba (Sant 1,2-12)

Después del saludo inicial, Santiago hace una llamada a vivir la alegría plena precisamente en medio de las dificultades. Esta exhortación paradójica se puede considerar como un gran estímulo para el creyente, pues con ella se está haciendo una valoración positiva de la vida y, sobre todo, de las contrariedades que comporta, sean del tipo que sean. El motivo de la dicha no es, ni mucho menos, la prueba o la tentación en sí misma, sino la oportunidad de gracia que esta representa al posibilitar la auténtica maduración en la fe. Al ponerse en juego la autenticidad de la fe, que se verifica en la constancia, quien salga airoso de cualquier dificultad es una persona dichosa. El principio y el final de este texto (1,2-2.12) insisten en este punto fundamental: los momentos difíciles ponen a prueba al creyente y constituyen el crisol de la fe auténtica, que conduce a la alegría plena.

Dos desarrollos antitéticos ponen de relieve algunos aspectos en los que se verifica la autenticidad de la fe. La relación del creyente con Dios y la valoración real de la situación personal en la que se encuentra tanto el rico como el pobre. La oración requiere una sinceridad de tal calibre que el hombre debe estar dispuesto a asumir seriamente los compromisos inherentes a la vinculación personal con Dios. La posible duda que hay que evitar en nuestra oración no afecta al contenido de nuestra petición, puesto que lo que pedimos es sabiduría, es decir, acierto en nuestras decisiones; afecta más bien a la actitud

subjetiva y personal con que nos dirigimos a Dios, a la duda existencial que nos acobarda y nos paraliza, que nos hace ser creyentes a medias, sin dar el paso decisivo a la acción, en coherencia con aquello que decimos creer y con el Dios del que decimos fiarnos. La duda va unida a la doble vida y, por tanto, a la incoherencia. Esto es exactamente lo que se debe evitar.

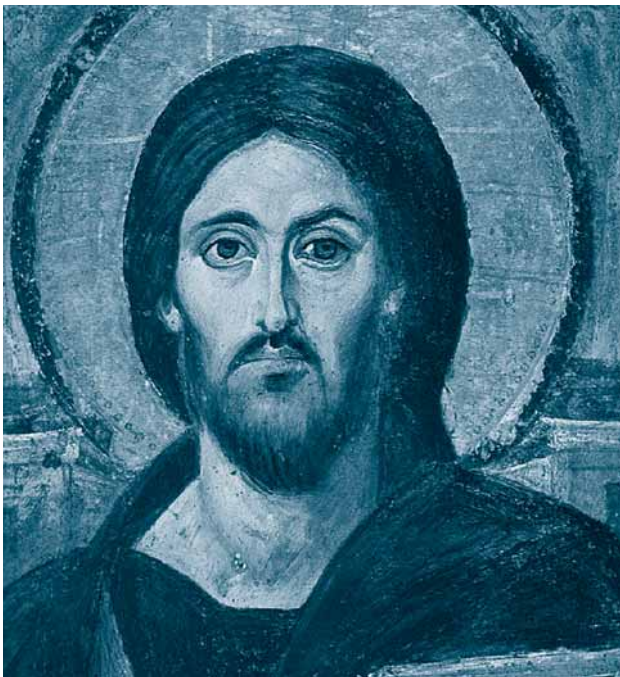
6. Poner en práctica la palabra (Sant 1,13-25)

El hombre experimenta en todas sus acciones y decisiones una alternativa para realizar su libertad: ante él están constantemente muerte y vida (Eclo 15,17). Y de lo que escoja depende su existencia. La dificultad de la opción se agudiza al pasar por cualquier momento de prueba. La respuesta del cristiano ante la prueba ha de estar en coherencia con su fe, para que la religión no sea un engaño ni un sinsentido. Santiago descarta toda posibilidad de relacionar a Dios con las pruebas que se experimentan en medio de los males. Dios es dador solo de bienes, no de males; es generador de vida, no de muerte. Dios no pone a prueba a nadie. Son los bajos deseos, que están en el interior del hombre, los que engendran el pecado y la muerte. Dios es el origen de la vida, y nosotros hemos sido engendrados mediante su Palabra. Los bajos deseos pueden referirse a las malas inclinaciones en general o a la ambición y la codicia en un sentido más particular. En el marco global de la Carta de Santiago parece ser más significativa la segunda acepción (cf. Sant 4,1-3; 5,1-6): la ambición, entendida como el ansia de tener más y más o la frustración correspondiente del que no tiene nada o tiene muy poco, es el origen del pecado.

El motivo de la dicha no es, ni mucho menos, la prueba o la tentación en sí misma, sino la oportunidad de gracia que esta representa al posibilitar la auténtica maduración en la fe.

Por el contrario, a partir de 1,18 la Palabra es protagonista. La Palabra creadora y salvadora de Dios transforma al hombre convirtiéndolo en primicia de las criaturas. La escucha activa de esta Palabra de Dios revela al hombre su identidad más profunda y constituye el camino de la auténtica felicidad. La exhortación de Santiago exige dos actitudes básicas también en nuestro tiempo: la disponibilidad para escuchar y acoger la Palabra, sobre todo la palabra de la salvación injertada en nosotros, y la audacia para ponerla en práctica. Esta palabra se identifica con la ley perfecta de la libertad (1,25), es el mensaje del Evangelio por el que los bautizados han nacido a una vida nueva (cf. 1 Pe 1,23).

En medio de la sobreabundancia de palabras de nuestra sociedad, esta carta actualiza un nuevo valor: la escucha, y, frente a la superficialidad pasajera de tanta



palabrería, la propuesta de tomarnos muy en serio la palabra salvífica. Poner en práctica esta palabra implica, por tanto, la ruptura con todo tipo de ambición, de ira o de maldad, y requiere la integridad de una conducta que corresponda a la identidad de hijos de Dios (Sant 1,18).

7. La religión auténtica frente a la religión vacía (Sant 1,26-27)

El capítulo primero concluye contraponiendo la religiosidad vacía a la religiosidad auténtica, pura y sin tacha. Continuando con el tema de la palabra, planteado anteriormente, estos versículos abordan un problema real y siempre actual: la palabrería o el descontrol de la lengua puede afectar a la religión hasta reducirla a unas prácticas de piedad, a una religiosidad puramente externa, a una cuestión teórica o a una desvinculación entre la fe y la vida. Es el peligro que encierra todo lenguaje formalista y desencarnado de la vida y de la historia, de lo cual no está exento el cristianismo desde sus comienzos. Por ello, la respuesta de la carta es tajante: no se puede hablar de experiencia religiosa mientras exista algún tipo de engaño o autoengaño, o mientras se pretenda legitimar solo con palabras conductas que desdichan mucho del Evangelio o van contra el prójimo o contra los más necesitados. Frente a una religiosidad inoperante y muerta, Santiago describe la religión auténtica según Dios Padre: atender a los marginados e indefensos, de los cuales eran prototipo desde el Antiguo Testamento los huérfanos y las viudas (cf. Eclo 4,10). El culto realmente agradable a Dios es el amor al prójimo. La distancia respecto al mundo no debe entenderse como una huida del mundo porque este sea malo en sí mismo, sino en cuanto que se encuentra regido por la ambición, la riqueza, las apariencias, valores opuestos a la Palabra de la verdad, en la que los cristianos han sido engendrados para una vida nueva.

8. La coherencia en la fe frente a las apariencias (Sant 2,1-26)

Dos aspectos se desarrollan en el capítulo segundo sobre la fe auténticamente cristiana: la fe que se verifica en el amor al prójimo, sin ningún tipo de discriminación ni de acepción de personas (2,1-13), y la fe operativa y eficaz mediante las obras concretas, en contraposición a la religión reducida a mera palabra o formalismo (2,14-26).

En la fe cristiana no puede haber ningún tipo de pretensión de apariencia externa ni pretensión alguna de reducir la fe a una cierta idea de Dios individualista y puramente intelectual. Por eso el autor recuerda las tradiciones sapienciales y proféticas según la orientación de Eclesiástico, Amós y Oseas. Santiago critica con fuerza la discriminación del pobre y la preferencia por los ricos en el interior de la Iglesia. La fe sin obras manifiesta la doble vida del que no quiere comprometerse con las implicaciones específicas de la fe en el Dios que está de parte de los pobres y cuyo brazo interviene con fuerza a favor de los hambrientos y de los humildes, y contra los ricos y poderosos. La coherencia de la fe cristiana exige una opción concreta y eficaz, que se debe llevar a cabo en compromisos, actividades y actitudes personales y eclesiales a favor de los pobres de la tierra. Si no es así, la fe es una fe muerta y no sirve para nada.

A) NO A LA DISCRIMINACIÓN DE PERSONAS (SANT 2,1-12)

La religión auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre se verifica en la atención amorosa a los marginados y desvalidos, y se identifica como fe en Jesucristo,

la cual lleva consigo la opción a favor de los pobres. Para ello exhorta a los hermanos y aborda el tema de los favoritismos, ilustrándolo con el ejemplo típico de dar preferencia en una reunión comunitaria a un rico bien vestido y despreciando a un pobre (2,2-4). Santiago se pronuncia de forma contundente: la acepción de personas en virtud de su riqueza es incompatible con la fe en Jesucristo. La exhortación se transforma en una apelación teológica que en forma interrogativa proclama la elección divina de los pobres para hacerlos ricos en la fe y herederos de su Reino, pero, al mismo tiempo, muestra la crítica profética hacia los enriquecidos al constatar su menosprecio al pobre (2,5-7). La antítesis contrapone el valor que el pobre tiene ante Dios y la minusvaloración de la que es objeto por parte de los hombres.

La coherencia de la fe cristiana exige una opción concreta y eficaz, que se debe llevar a cabo en compromisos, actividades y actitudes personales y eclesiales a favor de los pobres de la tierra.

El tema del favoritismo injusto a favor de los ricos queda iluminado por el texto de Lv 19,18, acerca del mandato del amor al prójimo (Sant 2,8-13), y se declara que ese favoritismo es pecado porque va contra el mandamiento del amor, evocando Prov 14,21, y constituye una transgresión de la ley de Dios. Sin embargo, Santiago trasciende el Antiguo Testamento y presenta la ley de Dios como ley de libertad (Sant 1,25), cuya exigencia fundamental es el amor y cuyo criterio

último será la misericordia. Por eso los cristianos deben hablar y actuar en coherencia con su fe con entrañas de misericordia, especialmente hacia los más pobres.

B) LA FE SIN OBRAS ESTÁ MUERTA (SANT 2,14-26)

En Sant 2,14-26 se desarrolla la cuestión de la fe y las obras, mostrando desde el principio hasta el final que una fe sin obras no salva a nadie, porque es una fe

muerta. Es evidente que el autor no se centra aquí en la polémica paulina de la justificación por la fe, presente en Rom 3,28; 4,2; Gál 2,16; 3,5-7, sino que aborda el problema de la religiosidad aparente, el de una fe vacía, sin obras e inconsecuente. La formulación paulina tampoco contrapone exactamente la fe a las obras, sino el régimen de la fe al régimen de la ley, el régimen de Cristo al régimen de Moisés, pues solo en Cristo puede el hombre alcanzar la salvación, y la fe en Cristo requiere la actividad del amor (Gál 5,6; 1 Cor 13,1-11). En Santiago no hay ningún tipo de alternativa excluyente entre la fe y las obras, de modo que las obras puedan prescindir de la fe, sino que se trata de las obras como algo inherente a la fe. No es que Santiago exalte el valor de las obras por encima de la fe, sino que pone de relieve la necesidad de una fe consecuente que se lleva a la práctica mediante las obras, pues la fe sin obras es inútil, como un cadáver, no sirve para nada y es una farsa; también es un exponente de la doble vida. Los dos ejemplos tomados del Antiguo Testamento



ilustran la fe operativa y activa de Abrahán (Gn 15,6) y de Rajab (Jos 2,9-10). También Pablo apela a una fe activa en los cristianos de Tesalónica (1 Tes 1,2-3).

9. La doble vida en cuestiones concretas (Sant 3,1-4,10)

Esta sección de la carta se dedica a ir mostrando aspectos concretos de la vida donde se refleja especialmente la doble vida. Primero, la lengua, como factor poderoso y decisivo en las relaciones humanas; se subraya el contraste entre su tamaño y su poder, así como la ambivalencia de su actividad (Sant 3,1-12). Después aparece la sabiduría como origen de la buena conducta y de la paz frente a la ambición como origen de las malas acciones (Sant 3,13-18). Finalmente se muestra el antagonismo entre la arrogancia y la humildad, destacando esta como la mejor manera de enfrentarse a la doble vida (Sant 4,1-10). No es posible, desde el punto de vista moral, que una persona cristiana haga compatibles en su propia vida maldición y bendición, o sabiduría y ambición, o súplica y arrogancia. De este modo queda al descubierto, profética y sabiamente por parte de Santiago, la doble vida de los indecisos, de los tibios, de los mentirosos, de los traicioneros, de los corruptos y de los cristianos a medias.

A) ALERTA SOBRE LA DOBLE VIDA DE LA LENGUA HUMANA (SANT 3,1-12)

El órgano del habla es la lengua, y Santiago advierte de sus aspectos negativos, especialmente de su carácter destructivo e indomable. Como maestro de la comunidad y profesional de la palabra, Santiago advierte sobre los fallos cometidos a través de la palabra por parte de los que ejercen una función pública. Pueden ser fallos como la arrogancia, la fanfarronería, la presunción, la palabrería, la calumnia y la mentira. Las comparaciones utilizadas, el freno en la boca del caballo, el timón que

dirige un barco, el pequeño fuego que incendia un bosque, muestran cómo algo tan pequeño como la lengua puede hacer tanto daño. Una lengua desatada y mordaz descontrola y contamina todo el cuerpo y arruina la existencia humana. La lengua como órgano maligno e indómito evoca la imagen de la serpiente venenosa (Sal 140,4), que es pequeña, aguda, penetrante, inquieta, incontrolable y muy dañina. El contraste y la ambigüedad de la lengua llegan a su culmen al poner de relieve sus dos actividades más contrarias: bendecir al Padre Dios y maldecir a los hombres, hijos de Dios y hermanos nuestros. Esta es la máxima expresión de la doble vida y de la incongruencia de la fe cristiana, según Santiago. Yo he experimentado cómo la misma lengua viperina que aclamaba con vítores una imagen de la Virgen María en una procesión popular, en el mismo instante insultaba públicamente al sacerdote que presidía la procesión. Con el trasfondo del Sal 62,5 («con la boca bendicen, con el corazón maldicen»), los creyentes son llamados a la coherencia de vida, pues bendecir a Dios exige bendecir también al prójimo. Un comportamiento religioso supone lo primero, pero Santiago insiste con criterios evangélicos en lo segundo (Lc 6,28; 1 Pe 3,9), y lo fundamenta en la Escritura, puesto que el hombre es imagen de Dios (Gn 1,26-27).

Con otras imágenes y mediante un estilo proverbial se plantean otras preguntas retóricas que muestran la incoherencia de vida y la doblez de un lenguaje religioso estrictamente verticalista, pietista o ritualista que prescinda del compromiso en favor del hombre. Las cuatro imágenes primeras –los caballos, los barcos, el bosque y los animales– concluyen en Sant 3,8, que confirma que la *lengua es un bicho turbulento cargado de veneno mortal*. Las preguntas que contienen las tres pare-

jas de imágenes, agua dulce y amarga, higuera y aceitunas, parra e higos (Sant 3,11-12), culminan en una sentencia que desvela la incoherencia de las apariencias: un manantial salino no puede dar agua dulce, una lengua que maldice no puede bendecir, es decir, su bendición es vacío y sinsentido.

B) LA SABIDURÍA FRENTE A LA AMBICIÓN (SANT 3,13-18)

Se hace una invitación a los cristianos a poner en práctica una conducta de buenas obras, que brota del manantial de la sabiduría cristiana. Dos aspectos se contraponen una vez más en la carta: la sabiduría que viene de lo alto y la terrena. A esta última ni siquiera se le da explícitamente el nombre de «sabiduría».

La fe, la religión y la sabiduría cristianas necesitan una verificación o una demostración en la vida concreta. La relación directa con las buenas obras es el baremo principal para la valoración de la vida y de la fe. De nuevo se desenmascara una realidad profunda. La presunción, la arrogancia y la falsedad (Sant 3,14) pretenden ocultar, a

través de palabras aparentemente sabias, las envidias y ambiciones que anidan en el corazón y que solo generan malas acciones. El buen comportamiento es lo que demuestra que un cristiano es sabio; lo demás puede ser pura apariencia... y las apariencias engañan. El saber entre cristianos no se mide principalmente por la locuacidad, la facilidad de palabra o la inteligencia, sino por vivir en concreto las actitudes que emanan del misterio de la cruz de Cristo. Para Pablo es algo desconcertante, pero en Cristo crucificado está la sabiduría de Dios (1 Cor 1,24), por eso la sabiduría que se pide a los cristianos es la que viene de lo alto, la que está en armonía con las obras del Espíritu: es apacible, com-

La lengua como órgano maligno e indómito evoca la imagen de la serpiente venenosa (Sal 140,4), que es pequeña, aguda, penetrante, inquieta, incontrolable y muy dañina.

prensiva, conciliadora, misericordiosa y sincera. Es la sabiduría del amor, tan cercana a la exaltación paulina del amor en 1 Cor 13,4.7.

C) LA HUMILDAD FRENTE A LA DOBLE VIDA (SANT 4,1-10)

El antagonismo entre la ambición y la humildad marca este otro desarrollo sobre la temática de fondo de la doble vida. La constatación de luchas y conflictos en el interior de la comunidad cristiana hace preguntarse al autor cuál es su origen. Santiago entra sin preámbulos en la pregunta, lo cual es un indicio de una problemática concreta y conocida tanto por el autor de la carta como por sus destinatarios. Donde hay envidia y ambición hay turbulencia y toda clase de malas acciones (Sant 3,16), y en esto consiste la sabiduría de este mundo de abajo. El origen de los conflictos no hay que buscarlo en elementos extraños, sino en el interior de cada uno: son las pasiones (Sant 4,1.4) las que verdaderamente dan la guerra y plantean los conflictos en la comunidad. La satisfacción de las pasiones como motivación última de la conducta es la que genera las tensiones sociales, las rivalidades, los enfrentamientos, las peleas y, en definitiva, la muerte. Santiago pone así el dedo en la llaga y da cuenta de una situación fatal.

Para salir de esta situación conflictiva se podría recurrir a la oración, pero a veces hasta la súplica está afectada por intereses egoístas. Si al pedir a Dios su ayuda no se consigue nada es porque no se pide desde la fe, sino desde la ambigüedad del que duda, se rige por sus instintos y lleva una doble vida (Sant 1,6-8), pero no se abre al Dios de la gracia, que ensalza a los humildes y se enfrenta a los arrogantes y satisfechos. Una primera conclusión es la incompatibilidad entre la amistad con el mundo y con Dios (Sant 4,4), equiparable al dicho evangélico sobre la imposibilidad de servir a dos amos (Mt 6,24).

La cita textual de Prov 3,34 constituye el centro de este párrafo. Santiago pasa de lo negativo a lo positivo. Dios se enfrenta a los arrogantes y soberbios, a los que se dejan llevar por la pasión y la ambición, pero concede su gracia a los humildes, a quienes exalta. Este texto de la Escritura es el fundamento teológico de la nueva exhortación a la humildad y a la conversión (Sant 4,7-10). Con una terminología de carácter litúrgico-penitencial arraigada en el Antiguo Testamento (Jr 4,8; 2 Sam 19,1; Is 1,16), los pecadores, los que llevan una doble vida, son llamados a la conversión y a la humildad.

Conclusión

Al terminar estas líneas podemos constatar que la Carta de Santiago trata sobre todo el tema de la autenticidad en la fe y la crítica de la doble vida. Los dos términos clave para analizar esta cuestión han sido el de la *autenticidad* (en griego *dokimion*), presente solo dos veces en el Nuevo Testamento (Sant 1,3; 1 Pe 1,7), y el contrapuesto a la falta de autenticidad, *dipsyjos*, que designa la indecisión, la ambigüedad y la indefinición de quien se mueve en la «doble vida». Este término aparece solo dos veces en el Nuevo Testamento, exactamente en esta Carta de Santiago (1,8; 4,8). Ambas palabras sirven de base para toda la reflexión y para las diversas consideraciones que el autor hace sirviéndose del gran arsenal del Antiguo Testamento, especialmente en sus tradiciones proféticas y sapienciales. Así juega constantemente con imágenes y comparaciones que van poniendo de relieve las alternativas de conductas y pensamientos presentes en la vida cristiana. Santiago desenmascara de este modo todo tipo de falsedades, hipocresías, mentiras e incoherencias, revelando también las características de una fe cristiana auténtica, coherente, exigente y radicalmente comprometida. ■